



## Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Salvador Reyes Nevares

Autor: Reyes Nevares, Beatriz

Forma sugerida de citar: Reyes, B. (1993). Salvador Reyes Nevares. *Cuadernos Americanos*, 5(41), 212-217.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VII, núm. 41, (septiembre-octubre de 1993).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## SALVADOR REYES NEVARES

Por *Beatriz* REYES NEVARES  
PERIODISTA MEXICANA

*A Pablo Salvador, Juan José, Diego Antonio,  
Ana Beatriz.  
También a Teresa Miaja y a Jaime Hugo talan-  
cón.  
A todos con gratitud.*

UN DÍA EN DURANGO, EN LA CAPITAL, frente al Palacio de gobierno, nos conocimos Salvador y yo. Él, amigo de María Elvira Bermúdez y compañero del PRI, era sobrino de mi pediatra, quien nos presentó.

Un año después, en Guanajuato —cerca de José de Jesús Gutiérrez ‘‘El Peque’’, sin duda alguna nuestro más cercano amigo desde entonces—, nos comprometimos y al otro año, en 1953, nos casamos.

A Salvador lo recuerdo tomando café y Coca Cola juntos, y con sus inevitables Delicados. Comencé a conocer a sus amigos y con María Elvira siempre íbamos a la antesala del general Olachea, a la del general Leyva Velázquez. Íbamos al Kilo de Santa María, al de San Rafael, al de la Juárez.

Un noviazgo *sui generis* entre el PRI y la Facultad de Filosofía en Mascarones. Los compañeros del Luis Vives fueron inseparables desde entonces y durante muchos años nuestra vida discurrió entre Carlos y Ángeles Camacho, hija de José Gaos, Rafael de Pina y Volga, Juan y Lucinda Urrusti y luego, Luis Rius, Eugenia Caso, que había sido mi compañera de prepa en la Universidad Femenina, los Souto, Elvira Gascón y Roberto Fernández Balbuena, en fin, españoles con los que se identificó siempre. Otro grupo que era el del *Hiperión*, Leopoldo Zea, Joaquín Sánchez Macgrégor, Ricardo Guerra, Jorge Portilla, Luis Villoro, Laura Mues y Fausto Vega.

Los González Casanova, Henrique y Pablo, sobre todo Henrique y Lolita, eran entrañables y compartimos después el que nues-

tros hijos estudiaran en el Colegio Madrid, gracias a la influencia que los refugiados españoles ejercían todavía en él. Mi suegra se había opuesto, quería que sus nietos fueran al Instituto Patria, pero Salvador decidió, y fue siempre la escuela de mis cuatro hijos.

Los Revaque, María Leal, la maestra Valentina. Las excursiones desde la colonia Roma hasta Mixcoac. El tranvía "Valle", que era junto con los Roma-Mérida, el Peralvillo-Cozumel, nuestro medio de transporte al Centro, a Tribunales, al Puerto de Veracruz, a la Flor de México, al Café Tacuba, a la Hostería o a los churros de San Juan de Letrán, y durante muchísimos años, hasta que en el 85 se acabó, a las Pizzas del Sorrento, inigualables, no como las de "plástico", que entregan en las motocicletas actuales. Allí León Felipe y su peña, Pablo Fernández Márquez, Juan Rejano, "El Nacional", Fernando Benítez, Gastón García Cantú, Enrique González Pedrero, Alí Chumacero y Lourdes.

Las dos íbamos a cobrar a *Novedades* y con \$5.00 tomábamos café en el Sanborns de Madero o de Lafragua y veíamos los aparadores de María Pavignani, hasta que logramos comprar, ahorrando mucho tiempo, un suéter Cornuel color gris. El mío no lo olvidaré.

La vida transcurría apaciblemente en nuestro primer departamento en las calles de Orizaba, vivíamos en el cuarto piso, cuando nació Pablo. Allí, en la planta baja, trabajó Salvador veinte años en una editorial catalana con los señores Roca. Luego, al nacer Pepe, bajamos un piso para tener otra recámara para los dos niños. Allí también nació el tercero, quien murió chiquito, ahijado de Leopoldo Zea y Volga de Pina.

A Pablo sí lo conocieron su abuelo Salvador, su bisabuelo Alfonso Pruneda, su tatarabuela Dominga Campa, vasco-zacatecana. Nuestros caminos discurrían siempre por los mismos rumbos. Rutinas aprendidas los sábados, primero alegres, luego forzosamente amargas a la muerte de mi suegro, a la Cuauhtémoc. A Flora número 14 a ver a mis "brujas", como él llamaba a mi madre, a mi terrible abuela y a mi bisabuela maravillosa.

La tía Lupe Reyes, hermana mayor de su padre, mis tías María y María Luisa en la Juárez, y de vez en cuando ir al cine, al centro, a Chapultepec.

De *Novedades* nos fuimos a *Siempre!*, el círculo de amigos se amplió, se consolidó con muchos, hicimos nuevos amigos y nuestra vida cambió un poco. Salíamos de la rutina y vivíamos mejor de alguna manera. Las revistas *Mañana*, *Madame* y el reencuentro con los Solana. Nace Diego y la vida se alegró más, hay más trabajo, cada

vez salimos más, vamos a reuniones. Luego viene Carlos Reyes, su primo hermano, quien llega de Baja California a vivir con nosotros y a estudiar en el ITAM, y la familia la pasa muy bien, se consolida. Gracias a don Aníbal de Iturbide, quien nos presta para el enganche mediante una carta del Jefe Pagés, nos cambiamos de casa. Vienen seis años después cambios interesantes para Salvador. Sale de la editorial y comienza a trabajar con Muñoz Ledo. Jornadas agotadoras, intensas y fuertes en la Secretaría del Trabajo. Salvador se siente mejor ahora pero no deja de escribir sus editoriales, sus artículos, ya no la crítica literaria que ejerció durante tanto tiempo. Llega al PRI, con Ricardo Valero y Carlos Payán, Luz del Amo y emprenden la tarea editorial. Dirige la revista *La República*. Candidato a diputado por un distrito de Durango, regresa a su tierra, la de sus mayores, y comienza con entusiasmo y pasión su campaña. Teresita, su prima por el lado paterno, lo aprecia y le hace sentirse bien, en familia. Con Ana en brazos, a los seis meses de nacida, lo acompañamos en el primer mitin con los otros candidatos, allí, en la 20 de Noviembre, frente al Arzobispado. Es la campaña también de López Portillo; en ella conoce a Díaz Serrano. Reencuentra a Enrique Velasco Ibarra.

Luego PEMEX, y se queda allí con Julio Rodolfo Moctezuma y Mario Ramón Beteta. Y otra gran aventura se le viene encima, Toluca, el estado de México —que le encantaba— y de 1987 a 1989 se ve inmerso en una tarea muy suya, la cultura. Con Ana vive allá. Y todos nos reuníamos aquí en Naucalpan o en Toluca. Viene de pronto el cambio y su vida se trastoca sobre todo emocionalmente. Regresa al DF y emprende nuevas tareas, en la Procuraduría del DF con Ignacio Morales Lechuga, Jaime Muñoz Domínguez, su amigo desde el tiempo de Manuel Buendía en la Comisión Federal de Electricidad, en NAFINSA y en la fugacidad de seis meses en el DDF y Juan Carlos Téllez. Entra a trabajar también a la Secretaría de Hacienda con un amigo de Pablo, también economista, inteligente y serio, Guillermo Barnes, y conoce al que fue amigo hasta el final, a Héctor Zavala.

Sigue cerca de Mario Ramón Beteta y de Pablo Suárez. Se pasa excelentes ratos en FONATUR. Extraña mucho a su fiel secretaria Guille y encuentra a otra, excelente también, Irma, y así transcurrieron los últimos años, ya sin ir a Europa desde el 82, sólo a Nueva York de vez en cuando. Ya no a Chicago, porque ya no teníamos a qué ir. Retoma la escritura, su literatura, y hace una segunda novela; casi ya no ve a los amigos antiguos, sólo a Jorge López Páez y a veces a

Ricardo Guerra, a Garibay. La ciudad no le permite mucho, sólo ir de un trabajo a otro entre el caos del tránsito y la contaminación, en la lucha diaria, y *no se vence*, aunque se deprimía a veces por cansancio, pero no lo confesó jamás.

Su sentido del humor lo abandona rara vez. No se arredra, trabaja con economistas y le gusta. Va a Zacatecas y por cuatro días fue el hombre más feliz del mundo. Sube a la Bufa y se encanta con Pancho Villa, Felipe Ángeles y Pánfilo Natera. Disfruta Guadalupe, se maravilla con Jerez, me dice que nada en el mundo le gusta más que el cielo azul y la tierra colorada. Va a Plateros a ver al Santo Niño sin esforzarse y se interesa —aunque en 42 años de cercanía jamás lo oí rezar. Quiere volver siempre a Zacatecas y quedarse allí.

“¿No podríamos comprar una casita aquí en Jerez? Vamos a traspasar la que compramos en Coatepec, que es bonito pero tan ajeno a nosotros, ¿no crees?”. Vamos a Nueva York, y lo disfruta mucho. Se ilusiona con unos zapatos Bally, y sube y baja en el Museo, vamos al teatro y se encuentra en el Harry's Bar y en el Oyster del Plaza, y es feliz, muy feliz de compartirlo con Pepe y Rocío, con su amada Ana. Se deja tomar fotos por mí. Come bien, bebe, camina, pasea, se engolosina con sus trufas de chocolate y con todo.

Y a los quince días se opera. Y al mes del Rockefeller Center está en urgencias de Cardiología del Centro Médico Siglo XXI, y en el segundo piso, en aquel pequeño cuarto, me dice “ya no salgo Bicha”, pero lucha, se esfuerza, bromea, se enoja, pelea y lo trasladan a Terapia Intensiva y sufre, sufre muchísimo. Y cambia al Hospital de Especialidades, y son cada vez más las torturas y el sufrimiento, pero nunca se dobla y nunca tampoco está solo. Todos estamos allí con él. La solidaridad, el cariño, la familia y los amigos no le fallan, como él tampoco nunca les falló, y se alegraba mucho cuando llegaba Teresa Miaja, ella, sin duda, su mejor y más querida amiga. Y se emocionó con Heladio Ramírez, con Eduardo Andrade y le dio gusto que Muñoz Ledo llegara a verlo, y sus amigos Mario Ramón Beteta, Pablo Suárez y Héctor Zavala. Sonreía y coqueteaba con la doctora Ruiz y le disgustaban las enfermeras si no eran guapas, sólo las guapas le agradaban, y seguía fiel a Julio Verne a través de las lecturas de Pablo, y estaba feliz con la posibilidad de ser abuelo que Mari Tere le platicó sonriente, con la alegría que ella siempre le llevaba. Y le apretaba la mano a Rocío, al Peque, a otros, y nos veía fuertes a fuerza. Así teníamos que estar. Extraña mucho —pero no estaban en la ciudad, ni siquiera en el país— a Vicente y a Yiyi Guarner.

Sus pasiones: familia, trabajo, y literatura.

Fue director del Suplemento de Cultura de *El Nacional*. Editorialista casi veinte años en el mismo periódico y en *Novedades*.

Autor de prólogos: *Novelas Selectas de Hispano América* y *Selección de Textos*. Gran estudioso de Altamirano y reconocido por ello. Entre sus libros de ensayos *Historia de las ideas colonialistas*, y una de las tareas que más trabajo y disgustos le costó, pero como siempre la hizo con gran responsabilidad. *El Exilio Español en México*, libro de un tema que le era muy propio y que se hizo gracias a un proyecto de Manuel Buendía. De creación personal propia —sacrificada toda su vida por la subsistencia de su familia, la educación de sus hijos, y, por qué no, porque le gustaba tener un poco más de ingresos para arreglar su casa, comprar libros y viajar—, publicó un libro de espléndidos cuentos: *Frontera indecisa*, que editó en *Los presentes* Juan José Arreola. De su obra el libro que más satisfacción le dio fue *El amor y la amistad del mexicano*, su primera obra publicada por Porrúa y Obregón. Probablemente esto se explica porque allí de alguna manera se refleja mucho de su personalidad.

Salvador, señor, hombre a carta cabal, fino, excelente esposo, amigo y padre, era reservado, introvertido y de alguna manera tímido. No le gustaba platicar mucho de sus cosas, de sus broncas personales, fueran de trabajo o familiares. Sólo en los últimos años se confiaba, además de conmigo, que lo hizo siempre —quizás por ello estuvimos casados cuarenta años—, con Mario Ramón Beteta y Héctor Zavala.

Hombre de gran y generosa inteligencia y de una humildad tal vez mayor. Pocas, muy pocas veces se permitía un comentario amargo. Pero este año sí se dolía de que su novela no fuese publicada y sí la de muchos hábiles publicistas que no eran escritores como él. Le daba coraje y al mismo tiempo se alegraba de ya no hacer crítica literaria, “porque acabaría deshaciendo los mitos de los nuevos o no tanto ‘novelistas’”.

Admiraba y mucho a Carlos Fuentes, a González Pedrero, a Pablo González Casanova, Ricardo Garibay, José Emilio Pacheco. Se refugiaba y recurría a sus viejas lecturas de siempre y sólo leía —cada día más trabajosamente— lo que sí valía la pena, lo demás le desagradaba por mal escrito y por exceso de “difusión”.

Cuando Joaquín Sánchez Macgrégor me llamó por teléfono para pedirme un texto sobre Salvador, tuve dos reacciones: una de gratitud y una de pánico. La primera por la generosidad de

Leopoldo Zea, y la segunda porque mi exceso de trabajo y la falta de tiempo solamente me permitirían redactar líneas deshilvanadas, como un testimonio de nuestra existencia juntos. Y, además, el miedo era también porque, como dice Teresa Miaja, Salvador, al revisar o corregir un texto, siempre lo hacía magistralmente, de tal suerte que, como se podrá notar, él hizo falta para corregir éste.

Pero si algo me enseñó fue a ser responsable y valiente. A tratar de hacer todo lo mejor posible, con entusiasmo y empeño, con amor y sin falsos heroísmos. Él lo hizo así siempre, con la naturalidad que le daba su talento me inculcó su pasión por el trabajo sin ningún alarde. Por eso, ahora me atrevo, gracias a él, a hacerlo. Y lo recuerdo cuando escucho a Curiel y a Lara, "El aburrido" de Joaquín Pardavé. Y apago los aparatos de sonido cuando oigo a Juan Gabriel —a quien detestaba— y ya no he vuelto a ver televisión porque —aparte de su amigo Jacobo— a Salvador todo le parecía infame y degradante.

El 29 de junio, a las 13:54 horas, ya no resistió la cuarta operación en una semana. Ahora está seguramente en paz. En Zacatecas. Allí descansará para siempre, si no en aquella casa de Jerez, sí por lo menos envuelto en tierra colorada y con el cielo azul que tanto amó y cerca de la Bufa.